

La ciudad de León estuvo originalmente en la ribera del lago de Managua

E. G. Squier

La ciudad de León está situada a 12° 25' de latitud norte y a 86° 57' longitud oeste. Como queda dicho en otra parte, fue fundada en 1523 por Hernández de Córdoba, el conquistador de Nicaragua y fundador también de Granada. Primeramente estuvo situada en la bahía del extremo occidental del lago de Managua, cerca de la base del Momotombo, en el lugar denominado ahora Moabita, o Ymbita, como lo llamaban los cronistas de la Conquista, donde pueden verse aún sus ruinas cubiertas de árboles que se han amalgamado con la selva circundante. Este lugar fue abandonado en 1610, y la ciudad trasladada al gran pueblo indígena de Subtiaba, sitio que actualmente ocupa. Según reza la tradición, la vieja ciudad fue maldecida por el Papa cuando supo del asesinato cometido allí en 1549 por Hernando de Contreras, en el obispo Valdivieso, tercero de Nicaragua, quien se oponía a la crueldad y opresión que aquel ejercía sobre los indios, lo que provocó la cólera de Contreras. Debido a esa maldición, dicese, la ciudad fue víctima de una serie de calamidades que se hicieron insoportables; así que, el 2 de enero de 1610, después de un rígido ayuno y con la bandera de España desplegada, yendo los funcionarios de la municipalidad a la cabeza, sus habitantes, desesperados, marcharon al sitio que ahora ocupa la ciudad y comenzaron a trazar allí sus calles. La sacrílega acción de Contreras es recordada hasta hoy día con horror, y muchas gentes creen que las manchas de la sangre del obispo, quien herido huyó a la iglesia y murió al pie del altar, se ven todavía en sus muros en ruinas, como testimonio perpetuo de la ira de Dios.

Al igual que Granada, León fue víctima del pillaje de piratas cuando éstos merodeaban en el Mar del Sur. En 1685 una partida de filibusteros, entre los que venía el célebre Dampier, desembarcó en el Estero de Doña Paula, y avanzando rápidamente tomó la plaza por sorpresa, pese a la heroica resistencia de los cincuenta hombres que la defendían. Saquearon la ciudad e incendiaron el Convento de La Merced, el hospital y muchas de sus casas principales.

León queda en medio de la gran planicie ya descrita, y en un punto más o menos equidistante del lago y del Océano Pacífico. Parece haberse escogido este lugar como sede por la misma razón que tuvieron los indios para establecerse allí, es decir, la proximidad del

agua. Flanquean la ciudad profundas quebradas de cuyo fondo brotan multitud de manantiales que forman ríos de considerable tamaño que se juntan a media milla de la ciudad. De allí se obtiene casi toda el agua potable. Últimamente se han cavado muchos pozos, pero tienen que ser muy hondos -de ciento veinte a doscientos pies- y su agua no es tan buena como la de las quebradas.

Lo mismo que otras ciudades del trópico, León abarca una gran extensión. Está simétricamente trazada, con plazas en cada cantón municipal o eclesiástico. Las casas, al igual que las de Granada, son de adobes, y rara es la que tiene más de un piso. Todas tienen un espacioso patio sembrado de árboles frutales o simplemente sombrero. Algunas tienen también un traspatio, en el fondo de la casa, destinado a los ani-



Una de estos monumentos históricos es la Ermita de Veracruz, localizada en el sector suroeste de la plaza de Sutiava, la cual fue construida en la segunda mitad del siglo XVI con materiales primitivos.

males domésticos, mientras que el inmediato a las habitaciones está plantado de arbustos y rosales, y rodeado de amplios corredores. Este estilo, de construcción muy adecuada al clima y necesario en un país donde los temblores son frecuentes, es de poca presunción arquitectónica. No da al constructor oportunidad de demostrar su gusto ni su técnica, salvo en el portón, o zaguán, y en los balcones enrejados. Los zaguanes son a menudo altos e imponentes, y lucen ornamentos de buen gusto. Algunos reproducen los arcos moriscos tupidos de arabescos tan comunes en España. Otros son de severo estilo griego, y también los hay de diseño indescriptible y claramente original. Sobre estos arcos la vieja aristocracia solía tallar sus blasones, los militares sus escudos de armas, y los inclinados a la piedad una jaulatoria, o bien, un pasaje de la Biblia.

Antes eran pocas las casas que tenían más de dos o tres



Convento de Nuestra Señora de la Merced, León

puntos de acceso o vista a la calle, pero en los últimos tiempos los balcones se han multiplicado. Estos son anchos y altos, con salientes de dos o tres pies y resguardados por rejas de hierro. Tras ellos hay asientos que por las tardes y las noches

cuelgan las hamacas para quienes quieran ocuparlas. Las paredes de los corredores y de los cuartos interiores suelen pintarse imitando el mármol, colgaduras o tapices; mas debido a la chapucería de los artistas nacionales su efecto no es siempre bueno.

En León, tanto como en Granada, las viviendas de los arrabales son sencillas chozas de caña y paja, y algunas veces casitas de barro, y entejadas. Y aquí, lo mismo que en todas las otras ciudades; están bajo la sombra de árboles y rodeadas de cercas de cardón.

Las calles del centro de la población son empedradas. Esto tiene por objeto aplacar el polvo que durante el verano se hace casi insoportable en las calles no empedradas.

Quizá no exista otra ciudad en América que como León haya sufrido tanto a causa de las guerras. Durante las luchas que entre aristócratas y liberales tuvieron efecto a raíz de la Independencia, gran parte de ella, incluyendo la más rica y sus mejores residencias, quedó en cenizas. Mil casas fueron pasto de las llamas en una sola noche. La catedral está rodeada de manzanas enteras de escombros que antes fueron palacios. Los altos y elaborados zaguanes atestiguan todavía su antiguo esplendor. Calles enteras, ahora casi desiertas, presentan las ruinas de grandes y bellos edificios destruidos en guerras intestinas. En sus patios abandonados han levantado chozas, como en recordación sarcástica de la suntuosidad de otrora. Porque León fue en tiempos pasados una de las ciudades mejor edificadas de la América española. "Esta ciudad de León está", dice el antiguo viajero Gage en su obra escrita en 1665, "construida con esmero, pues la mayor delicia de sus habitantes consiste en sus casas, y en el placer que hallan en los campos aledaños, y en la abundancia de todas las cosas para la vida del hombre, más que en extraordinaria riqueza, a la que no son tan aficionados como en el resto de América. Se contentan con jardines hermosos, con variedad de pájaros canoros y de loros, con abundancia de carne y de pescado, todo barato, y con casas alegres, y así viven una vida deliciosa, en ocio e indolencia, sin preocuparse mucho por la industria y el comercio, a pesar de que tienen cerca el mar y el lago. Los caballeros de León son casi tan charros y presuntuosos como los de Chiapas; y especialmente por lo ameno de esta ciudad llaman los españoles a toda la Provincia de Nicaragua "el Paraíso de Mahoma".

ocupan señoras que allí reciben sus visitas y devuelven los saludos de sus amistades que pasan por la acera. El galán pasa enfrente y rinde pleitesía sin entrar, costumbre que en las primeras horas de la noche da a las calles un aire de esparcimiento y alegría. Suele a veces aquel llevar su guitarra y cuando la conversación decae entonar una canción. A menudo el galante caballero arrienda su caballo hasta el pie del balcón para soltar un piropo a las bellas ocupantes, y le corre a la bestia disimuladamente en los ijares las espuelas para hacerla caracolear y despertar admiración. En Nicaragua, tanto como en otros países, son muy aficionados a estos ardidés.

Por dentro, las casas de la clase más alta tienen gran confort, en un país en donde la amplitud y la ventilación son condiciones esenciales para la existencia. Los cuartos principales, con raras excepciones, dan al corredor y se conectan entre sí por puertas interiores. En el cuerpo principal del edificio está el salón, o sala, que sólo usan para recepciones o para sentarse en ella las señoras. A ambos lados quedan las recámaras de la familia, mientras que las alas sirven de dormitorio a los sirvientes, y para depósitos y otros usos. Son pocas las que tienen cielo raso, pero en cambio el aire pasa libremente entre las tejas. El piso es de grandes ladrillos cuadrados de barro o de cemento, a veces de mármol, y lo mantienen fresco y bien lampaceado. Y puesto que las ventanas no tienen vidrios, la brisa entra a bocanadas haciendo la ventilación perfecta. Se come en el corredor, al lado más protegido del sol, y allí también



De acuerdo a datos facilitados por la oficina de patrimonio histórico, la única iglesia que conserva los elementos de su estructura es la Ermita de Santiago, cuya plaza en la actualidad tiene uso habitacional, ocultando su visión desde la calle.